



## PARA UNA NIÑA

¡Noche Buena!... Mira el cielo :  
¡Qué horizontes tan azules !  
El cristal de las estrellas  
Inviolado y limpio luce.  
¿ Ves, niña mía ? La nieve  
Brilla y blanquea en las cumbres,  
Y como cisnes que surcan  
Claros linfas, van las nubes.  
Abriste el balcón y esperas  
Ver el milagro : que cruce  
Por el aire transparente  
La bandada de querubes.  
Tu madre te ha dicho : llegan  
Esta noche, no lo dudes ;  
Los envía Dios cargados  
De juguetes y de dulces.  
Empínate, candorosa,  
Y en el hondo espacio hunde,  
Sedienta de maravillas,  
Tu mirada. ¿ Ves las luces  
De los cohetes ? Semejan  
Chispas de invisibles yunques.

Pues bien : allí donde brotan  
La alegría se difunde,  
Y hay niños buenos que aguardan  
La cita de los querubes.

Mas... ¿ qué viste, virgencita ?  
¿ Qué me señalas que busque?...  
Por la calle negra y sola,  
Como una aparición fúnebre  
Pasa un pilluelo, un mendigo :  
No es fantasma, no te asustes.

¡ Arrapiezo ! ¿ qué voceas ?  
Tal vez ninguno te escuche ;  
¡ Arrapiezo, canta coplas  
Que ya vienen los querubes  
A dar á los niños buenos  
Risas, juguetes y dulces !

Tú no eres bueno, muchacho,  
Burbuja de podredumbre ;  
¿ Pero qué sabe esta niña  
Del arroyo en que te pudres ?

No tienes la culpa ; el vicio  
Es tu sostén y tu empuje ;  
Naciste en el fango, y eres  
Flor sin matiz ni perfume.

Candorosa, ve á lo alto :  
¡ Cuánta nieve hay en las cumbres !  
¡ Cuánta estrella hay en los cielos !  
¡ Cuánta blancura en las luces !  
Siempre arriba, siempre arriba  
La virgen mirada hunde ;  
Arriba está lo que anhelas :

Ángeles, sueños y nubes.  
 Ojalá, que así, tan pura,  
 El sombrío mundo cruces,  
 Que allá arriba están amores,  
 Ideales y virtudes.

No mires la calle negra  
 Que puede ser que te asustes;  
 Y mientras alegre aguardas  
 El cortejo de querubes  
 Que ha de surcar el espacio  
 En sus esquifes azules  
 Cargados de luz, de lirios,  
 De juguetes y de dulces,  
 Yo, que llevo en las espaldas  
 Mi fardo de pesadumbres,  
 Yo, el desterrado del sueño,  
 Sin fe, sin amor, sin numen,  
 Pienso en muchas cosas tristes :  
 En lo que odia, en lo que sufre...  
 Pienso en los niños sin madre,  
 Y en los hogares sin lumbre...



“ PUESTA DE SOL ”

Por la calle solitaria  
 cuyo término confuso  
 vagamente se deslíe  
 en el oro del crepúsculo,  
 silencioso y pensativo  
 como siempre, voy sin rumbo  
 enhebrando fantasías  
 en el aire azul y puro.  
 Tranquila está la barriada,  
 los talleres están mudos,  
 no se ven las chimeneas  
 empenachadas de humo,  
 y, á lo lejos, de las fábricas  
 salen, alegres, los últimos  
 obreros que se atropellan  
 en caprichoso tumulto,  
 y cuyas blusas azules  
 borda el sol de hilos purpúreos.

Yo callado y pensativo  
 como siempre, voy sin rumbo.

Mas, de pronto, me detengo,  
 mis quimeras interrumpo  
 y las vanas fantasías  
 del pensamiento sacudo,  
 para ver curiosamente  
 á dos chicuelos : — un grupo  
 adorable, que cabría  
 en una canción de Hugo. —  
 Él la llama, y ella acude,  
 se hablan bajo, y así juntos,  
 siéntanse en los escalones  
 del portón, al pie del muro,  
 y en una seriedad cómica,  
 ella grave y él adusto,  
 principia la confidencia  
 más deliciosa del mundo.  
 ¡ Oh viejo pintor de niños  
 que andas en busca de asuntos !  
 mira : la luz pone toques  
 divinos á este conjunto.  
 En el fondo, de sillares  
 ensalitrados y húmedos,  
 rojos y recién lavados  
 por la lluvia, se ven puntos  
 de tan diversos matices  
 — vivos, opacos, oscuros —  
 que en la rica policromía  
 de tonos suaves y crudos,  
 la pared arlequinesca  
 que, á trechos, ornan los musgos,  
 parece lienzo manchado  
 traviesamente con grumos

de color. — Una parásita  
 en los ladrillos desnudos  
 hinca su ramaje como  
 los tentáculos de un pulpo,  
 y entre la maraña verde  
 un juguétón rayo súbito  
 en cada gota de lluvia  
 prende un rubí diminuto.  
 Y en la fantasmagoría  
 de la luz, que hace del muro  
 inconcebibles mosaicos  
 y deslumbrantes estucos,  
 los dos muchachos semejan,  
 en medio de tanto lujo  
 dos príncipes del oriente  
 en espera de sus súbditos.

¡ Qué tocado de diamantes  
 en el ceniciento rubio  
 del cabello de la niña !  
 ¡ Qué reluciente y qué fúlgido  
 el toisón que arde en el pecho  
 del rapaz ! ¡ y qué conjunto  
 de áureas telas y tisúes  
 sobre los harapos sucios !  
 ¡ Oh buen sol, hábil joyero,  
 sol de Abril, sol moribundo !  
 ¡ Andrajosa reinécita  
 que vistió la luz ; y cuyo  
 corpiño de resplandores  
 cubre el talle y ciñe el busto !  
 ¡ Duquecito del arroyo,  
 Buckingham que el cielo tuvo

á bien ataviar con sedas  
y brocados del crepúsculo!  
Tú, ¿qué cuentas? Tú, ¿qué oyes?  
Tú, ¿la grave? Tú, ¿el adusto?...  
Yo me acerco poco á poco  
y curiosamente escucho.

La barriada está tranquila;  
los talleres están mudos.

¡Bien, muchacho! — Fuiste al bosque  
y corriste mucho, mucho,  
y flores y mariposas  
la traes... ¡lindo tributo!  
Tu gorra de saltimbanco  
— hecha una criba — es refugio  
de caléndulas, de lirios,  
y de rosas, donde, ocultos,  
se agitan entre los pétalos  
los cuerpecitos convulsos  
de las pobres mariposas  
heridas. Hundes los puños,  
y narrando tus proezas,  
alzas, con heroico orgullo,  
tu presente de perfumes  
y de alas... Y el tributo,  
va cayendo, va cayendo,  
del aire sereno y puro  
á la falda de la niña  
que oye con asombro mudo,  
la historia de tu aventura,  
mientras fijos en un punto,

miran cosas invisibles  
sus ojos meditabundos.

Cuando mi presencia notan,  
ella inquieta, y él ceñudo,  
parecen decirme : — ¡vamos,  
nos estorbas, vete, intruso!  
Y yo me alejo sin pena  
porque dejar solo es justo  
á Buchingham de siete años  
con Ana de Austria de un lustro.  
Y pienso : Yo también tuve  
aventuras, y di muchos  
presentes de alas y flores,  
y fui amado y tuve orgullo.  
Dí ilusiones, esperanzas,  
fe, ternuras, con el único  
placer de posar los labios  
en unos cabellos rubios.  
Un coloquio de chiquillos  
fué mi amor...

Y taciturno,  
solitario y pensativo  
como siempre, voy sin rumbo  
por la calle silenciosa  
cuyo término confuso  
vagamente se deslía  
en el oro del crepúsculo.

